

Mem. H. H. H. 1890

6

LA EMIGRACION ESPAÑOLA

Y

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

POR

JOSÉ DE LACALLE Y SANCHEZ

GRANADA

IMPRESA DE I. VENTURA SABATEL

1881

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: C
Estante: 002
Número: 067 (6)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

*Al eminente varón el Sr. D. Mel
de Arce y Arce*

José Lacalle y Sánchez

R. 20241

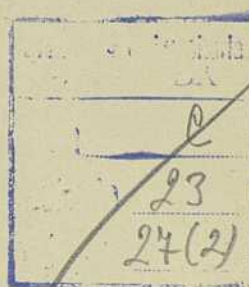
LA EMIGRACION ESPAÑOLA

Y

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

POR

JOSÉ DE LACALLE Y SANCHEZ



GRANADA

IMPRESA DE VENTURA SAADEL

1881

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

002

Numero:

067 (6)

*Al eminente varón el Sr. D. Mel
de Arce y Arce*

José de Lacalle

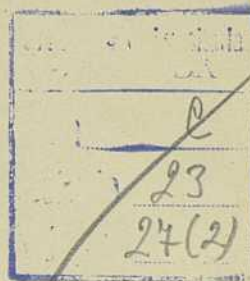
R. 20241
LA EMIGRACION ESPAÑOLA

Y

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

POR

JOSÉ DE LACALLE Y SANCHEZ



GRANADA
IMPRESA DE VENTURA SAAUEL
1881

Los dolorosos acontecimientos que tantas víctimas han producido entre los colonos españoles de Argelia, son hoy objeto preferente de la pública atención; pues la horrorosa catástrofe de Saida ha herido en sus más íntimos sentimientos á esta noble Nación, que nunca permanece indiferente al sufrimiento de sus hijos.

Ya antes de ahora, la prensa periódica y algunos hombres de eminentes conocimientos, habian llamado la atención de los Gobiernos acerca del incremento que iba tomando la emigración de nuestras provincias de Levante, que arrancando de nuestro suelo millares de seres, poblaba las tierras argelinas, sin que el ejemplo de los que arrojados por la miseria y las enfermedades volvian á la madre patria, bastase á impedir un movimiento influido poderosamente por engañosas esperanzas, alimentadas las más veces por la codicia de especuladores sin conciencia.

Y los que desde hace algunos años abandonan la patria y la familia en busca de una fortuna, no limitan sus expediciones á las próximas playas africanas, sino que surcando extensos mares llevan numeroso contingente á las repúblicas de América, donde como fruto de su trabajo recogen con frecuencia abundante cosecha de penalidades y desengaños.

Preciso es, pues, confesar que la cuestión de la emigración, una de las más graves que hoy agitan á la vieja Europa, ha sido mirada con indiferencia en nuestra patria, hasta el momento en que sucesos sangrientos han mostrado el desamparo

en que vivian los intereses españoles colocados en extrañas tierras. Hoy, la opinion se fija en la suerte de esos infelices que heridos traidoramente por las salvajes hordas africanas, vuelven al suelo natal envueltos en harapos y devorados por la más espantosa miseria; el Gobierno se ocupa del asunto, y la prensa periódica, siempre generosa, llama á todos los corazones y procura aliviar el infortunio de nuestros desgraciados hermanos.

Este poderoso movimiento indica bien que por todos se cree llegado el momento de dar una solucion á problema tan importante, y á este fin se indican varios proyectos, entre ellos uno que tiene por objeto el desarrollo de nuestra agricultura, fundando colonias agrícolas y ensanchando en gran escala la red de comunicaciones, para ofrecer así tambien ocupacion á las clases jornaleras. Estos planes, debidos á la fecunda iniciativa del activo y celoso Ministro de Fomento, se dirigen por lo tanto á evitar la emigracion, y han sido acogidos con entusiasmo por el país, que vé en ellos un valioso elemento para nuestra prosperidad y un medio de abrir nuevos horizontes á la agricultura. Pero desgraciadamente habrá que vencer grandes dificultades antes de llevar aquellos á la práctica; y aún suponiendo que esto suceda, no se conseguirá, en nuestra humilde opinion, corregir radicalmente el mal que todos lamentamos.

La emigracion europea, que aumenta cada dia por causas bien conocidas, no puede evitarse en modo alguno, mientras el bracero no encuentre en el suelo natal medios suficientes para atender con el producto de su trabajo á las numerosas atenciones que hoy agobian á esa como á todas las clases sociales. En esas provincias españolas abandonadas por los emigrantes, existen ciertamente grandes elementos de riqueza, pero su explotacion es hoy deficiente por la falta ó el retraimiento de capitales y la reducida esfera en que las empresas consumen su actividad, razon por la cual el trabajo es poco retribuido y no debe extrañarse que el jornalero que en su país solo puede obtener un mezquino salario de cinco reales, que apenas basta á satisfacer la primera necesidad de la vida, acuda presuroso allí donde cree ver un medio de aumentar sus ganancias, aún á costa de peligros y sufrimientos, que

juzga preferibles á la miseria que agota sus fuerzas. Por esto dice con gran acierto E. Burke, al tratar de las causas de las emigraciones, que estas son tan naturales como el que las capas de aire comprimido se precipiten hácia el aire rarificado.

El funesto ejemplo de las clases superiores es tambien causa determinante de ese movimiento, que priva á la Nacion del concurso de millares de brazos; pues hoy que al impulso de funestísimas pasiones se ha despertado esa terrible sed de oro que consume los palacios de los grandes y la modesta vivienda del obrero, no es posible evitar que el mal se propague á las clases trabajadoras que fertilizan nuestras tierras. Créemos por esto, que el impulso de las obras públicas, la fundacion de estaciones agronómicas y otras medidas no menos plausibles, darán en algun tanto resultados satisfactorios, pero no serán suficientes á contener la emigracion hácia comarcas más ricas ó menos explotadas. Buena prueba de este aserto es la conducta de esos mismos repatriados que rehusan hoy el trabajo que les ofrecen en diversos puntos de la Península.

Convencidos como nosotros de la dificultad de impedir el movimiento emigratorio, algunos periódicos han iniciado ya la idea de dirigirlo á nuestras provincias de Ultramar, acogiendo, como parece que en principio ha hecho el Gobierno, la oferta del Gobernador General de Cuba, que en expresivo telegrama ofrece colocacion á gran número de trabajadores.

Desde luego, y fundados en las breves consideraciones apuntadas, creímos nosotros que en la necesidad de evitar la repetición de sensibles desgracias, era llegada la hora de encaminar la emigracion hácia regiones donde nuestros hermanos encuentren proteccion para su familia é intereses y un porvenir seguro alcanzado sin penalidades ni grandes sacrificios, prestando al mismo tiempo su poderoso concurso al fomento y desarrollo de comarcas donde ondea la noble enseña de nuestra patria. No creemos, sin embargo, que para este objeto debe fijarse la atencion en la Isla de Cuba, existiendo otras posesiones españolas que brindan al colono incalculables beneficios y se ven al mismo tiempo necesitadas del apoyo eficaz de la Metrópoli, para salir de la postracion y el abandono en que por causas diversas se encuentran hoy.



La Isla de Cuba solo puede ofrecer al emigrante un terreno ya explotado y un trabajo más ó menos recompensado, cuyo producto seria siempre consumido por las necesidades del europeo en aquellos países; por otra parte, las terribles endémias de nuestras Antillas, ocasionarian terribles pérdidas á los trabajadores, que expuestos á la letal influencia de aquel clima, prestarian numeroso contingente á las estadísticas ne-crológicas de la Isla. La juventud, la fuerza, la vida de nuestras provincias de Levante, irian así á perderse en aquellas lejanas playas regadas ya con torrentes de sangre española.

En las vastas regiones oceánicas y entre las majestuosas ondas del Pacífico, posee España una tierra que, alzada sobre las aguas á impulsos de gigantescas, variadas fuerzas, forma un encantador oasis, venero inexplorado de riquezas, que tiene el poder de fijar la codiciosa mirada de las grandes naciones.

Esa tierra, cuyo conjunto conocemos con el nombre de Archipiélago Filipino, ofrece á nuestros compatriotas numerosas islas dotadas por la Naturaleza con tesoros inestimables y un suelo fertilísimo, en el cual, el sudor sembrado por el trabajo se cosecha convertido en abundante fruto.

Todos los autores que han estudiado aquella privilegiada region, los viajeros y naturalistas extranjeros que admiraron sus hermosas producciones, están conformes en afirmar que no hay en el mundo país alguno que reuna tantos elementos de riqueza. Durante seis años hemos tenido ocasion de estudiar con algun detenimiento las condiciones físicas de aquellas islas, y nuestra admiracion ha sido inmensa al conocer en alguna parte la fecundidad de sus campos, la bondad de su clima y la excelencia de sus productos, y al observar al mismo tiempo cuán poco conocidas son en nuestra patria todas estas condiciones, y que aquella region, cuya posicion geográfica es tan favorable al desarrollo del comercio, se vé postrada por la apatía de unos, el egoismo de otros y la indiferencia de todos, ocupando un lugar secundario entre las colonias extranjeras del Oriente, siendo así que por las circunstancias ya enunciadas y por la bondad de sus naturales podria superarlas á todas y alcanzar el primer puesto entre los países oceánicos.

Este atraso de nuestras provincias filipinas es lamentable

por todos conceptos, pues en ellas se encierra el porvenir colonial de nuestra Nación y el bienestar de millones de habitantes. Por eso la ilustrada prensa de aquel país se ha ocupado muchas veces de este asunto, discutiendo largamente la conveniencia de promover y fomentar la riqueza de aquel suelo por medio de la emigracion de nuestros compatriotas.

Se trata pues, de resolver un gran problema social, que envuelve otro de carácter político, cuya trascendencia comprenderán nuestros lectores, porque en estas líneas trataremos de demostrar que la emigracion á Filipinas se halla en estrecha relacion con el porvenir de la colonia y con el engrandecimiento de nuestra patria.

No hemos de entrar para ello en una disertacion extraña á la índole de este pequeño trabajo; nos limitaremos á ofrecer á la consideracion de nuestros lectores una série de hechos que evidencien en último término la necesidad de dirigir con mano sábia á nuestras posesiones oceánicas, esa corriente vivificadora que abandonando nuestras costas, lleva su poderosa sávia á las mesetas de la Argelia francesa.

Situado en la proximidad del largo trayecto que los buques de todas las naciones recorren hoy haciendo el riquísimo comercio de Oriente, el Archipiélago Filipino ofrece estimados productos que cultivados convenientemente, serian el origen de una fácil y pronta exportacion, sostenida con las colonias vecinas y con los pueblos asiáticos y europeos, que acudirian seguramente en demanda de sus maderas y sus frutos. La extension de las tierras filipinas es superior en mucho á la de Cuba, y no ya la importante isla de Luzon, ni la casi desconocida de Mindanao, sino la de Negros, que es solo un pequeño grupo de las Vizayas, es susceptible de producir tantas riquezas como la Perla de las Antillas. En aquel privilegiado suelo crece el azúcar, el café, el cacao, el abacá, el arroz y otros mil frutos y plantas que en los mercados extranjeros gozan de gran estima y se cotizan á precios elevados; y esto, á pesar de que el atraso de la agricultura filipina no permite cosecharlos en el grado de bondad de que todos son susceptibles. El azúcar, imperfectamente elaborado en las islas, es conducido á las fábricas de Europa y convertido en

un riquísimo producto que compite con los de las mejores procedencias; lo mismo puede decirse del tabaco, que sometido ahora á un malísimo sistema de cultivo, no presenta las cualidades de que es susceptible y que le harían superior al de la Isla de Cuba; en cuanto al café y al arroz, solo diremos que el primero es comparado al Moka superior y el segundo muy apreciado en todas las poblaciones oceánicas, que hacen de él un gran consumo. En las extensas cordilleras que recorren el centro de las islas, existen preciosos minerales de extraordinaria riqueza, y además del cobre, del hierro y otros metales como el oro, que se recogen en varias provincias, la explotación de la hulla sería un valioso agente de nuestra colonia, así como la de los bosques que cubren las más altas mesetas, y abundan todos en maderas de construcción, cuyas aplicaciones son innumerables.

Esta sumaria descripción, que es solo pálido y débil bosquejo de la riqueza filipina, demuestra suficientemente cuanto el oportuno desarrollo de la colonia puede contribuir al engrandecimiento nacional.

En aquel suelo tan favorecido, viven diversas razas cuyo origen no está aún bien determinado, á las cuales está hoy encomendada la explotación de sus productos. Los salvajes de las montañas de Luzon y los moros de Mindanao, habitan las espesuras de los bosques ó las cercanías de algunas costas y satisfacen sus necesidades, que son bien pocas, con la caza, la pesca y un reducido tráfico con los pueblos vecinos, ó bien con el producto de sus piraterías, sin que en esta vida primitiva contribuyan en el menor grado á la prosperidad del país.

La raza llamada indígena, se halla influida por las civilizadoras enseñanzas del cristianismo y forma una sociedad que se extiende por las principales islas, cuyos individuos, adornados de condiciones especiales, gozan de cualidades muy estimables llevadas á un alto grado por la benéfica influencia que sobre ellos ejercen los religiosos españoles. El indio (?) filipino es afable, generoso, de inteligencia regularmente desarrollada y dotado de nobles sentimientos, que con frecuencia traduce en hechos que llaman la atención de los europeos; pero desgraciadamente adolece también de faltas, cuyo origen es bien conocido, mostrando sobre todo una apatía, mejor

dicho, una aversión al trabajo que no es posible vencer con los medios, casi siempre violentos, empleados hasta el día. Personas respetables, de larga residencia en el país, reconocen que la pereza del indígena es un obstáculo á la prosperidad de las islas, y nosotros solo citaremos en prueba de ello lo que sucede en la provincia de Zamboanga (Mindanao) donde se produce un excelente café, cuyo cultivo no ha podido establecerse en gran escala, por la falta absoluta de brazos, lo cual no impide que los 6.000 habitantes de la provincia vivan en la más completa holganza. Esto es sin embargo natural, tratándose de seres con muy escasas necesidades, que á poca costa sacan de la tierra los productos necesarios á su subsistencia y que desconocen los grandes beneficios del comercio y de la industria. Resultado fatal y necesario de todo esto, es el escaso adelanto de la agricultura filipina, que vive una vida pobre y miserable, existiendo comarcas extensísimas que yacen en completo abandono.

Únicamente el día en que ejemplos numerosos y elocuentes enseñen al indio todas las ventajas del trabajo, sacudirá su apatía y dedicando toda su actividad á la producción del suelo, contribuirá eficazmente al progreso de su país natal. Para esto es necesario que los capitales y los emigrantes españoles se establezcan en aquellos pueblos y abran las fuentes hoy cegadas de la riqueza pública, evitando de este modo tambien que los extranjeros, como sucede hoy, posean el usufructo de nuestras provincias.

La colonia española llevaria á las islas una poblacion industrial que en la actualidad no existe, arrancaria á la tierra sus frutos y sus metales, enviándolos al comercio oriental y á las viejas naciones de Europa, y á la vez serviria para convertir al indio en un sér útil, que aprovechando con sus felices disposiciones las enseñanzas del trabajador europeo, no seria nunca, sin embargo, obstáculo á la prosperidad del emigrante, que siempre conservaria la superioridad de su raza. La explotación del suelo filipino, sencilla y productiva, permitiria á los colonos llegar á ser acomodados propietarios, y ellos además extenderian nuestro dominio á regiones que hoy solo poseemos en el nombre. Los fértiles terrenos de Mindanao, las dilatadas costas de la Paragua y los valles y mesetas de

Luzon y Vizayas, abandonados al poder de piratas ó igorrotos, serian patrimonio exclusivo de nuestra bandera, y los veinte millones de hectáreas hoy incultos, rendirian á la colonia cuantiosos beneficios. La raza española, en fin, llevaria á esas comarcas los valiosos elementós de su actividad y difundiria la civilizacion en todos los pueblos del grupo filipino, aportando así sus esfuerzos á la gran obra de la prosperidad nacional.

Los Gobiernos tienen, pues, el deber de mantener y fomentar los intereses de la Nacion en aquellas lejanas provincias y han de tener muy en cuenta que Filipinas no es un país de conquista, sino parte integrante de nuestra patria, por lo cual debe favorecerse el aumento de la poblacion peninsular para que esta, con la ayuda de las razas indígenas, consiga lo que la sola iniciativa oficial no puede alcanzar en los tiempos presentes, pues de este modo es como Inglaterra ha llevado su colonia australiana al grado de progreso que hoy le envidian todas las naciones.

Pero el establecimiento de nuestros compatriotas seria aún más ventajoso, porque impediria el desarrollo de la inmigracion china, que es otro de los problemas más árduos de la dominacion oceánica, no olvidado nunca por nuestros Gobiernos, que han comprendido los peligros que lleva consigo esa raza que amenaza invadir algun dia todos los continentes. Aprovechando la falta de aficion al trabajo que caracteriza al indio filipino, y la proximidad de las costas occidentales de Luzon, los comerciantes y trabajadores chinos arriban al país y lo invaden constantemente, formando una poblacion numerosa pero flotante, que se renueva periódicamente y que lejos de contribuir á la prosperidad de las islas, las empobrece extraordinariamenté, llevando á su nacion los productos todos de su trabajo.

Estas ligeras pero elocuentes consideraciones, creemos bastarán á demostrar cuánto importa á la Metrópoli el fomento de los intereses filipinos por medio del concurso de la emigracion nacional, único elemento capaz de levantar de su postracion aquellas dilatadas regiones. Sigamos en esto el ejemplo que los ingleses nos presentan en sus modernas colonias de la Australia, y bien pronto se obtendrán los beneficios

de una medida que sacará al Archipiélago del puesto secundario que hoy ocupa y hará cesar el monopolio que allí ejercen unas pocas empresas extranjeras.

En las diversas ocasiones que la conveniencia de la emigración peninsular á Filipinas ha sido objeto de estudio por algunos autores y principalmente por la prensa del país, se ha suscitado la dificultad de apreciar hasta qué punto las condiciones del clima favorecerían el desarrollo de esa nueva población agrícola. Esta cuestión, en sí muy importante, no ha podido resolverse satisfactoriamente, por el atraso en que esta clase de estudios han estado hasta nuestros días; hoy la solución es bien sencilla, y favorable por completo á la emigración, que sin ningún inconveniente puede asegurarse, prosperaría en medio de las más ventajosas condiciones.

Las Islas Filipinas, que por su situación geográfica se hallan comprendidas entre los países tropicales, gozan, sin embargo, de un clima poco rigoroso, modificado por varios accidentes y en alto grado saludable, pues la elevación de la temperatura no es ciertamente por sí sola la que determina los peligros de algunas comarcas situadas bajo los trópicos, y el aire caliente puede ser sano, si no lleva en suspensión sustancias nocivas, producto de las descomposiciones que tienen lugar en la superficie de las tierras. La orografía del Archipiélago es muy favorable á su salubridad, y las principales islas se hallan cruzadas por largas cadenas de montañas que parten todas de una cordillera central, cuya dirección es generalmente de Norte á Sur. Entre sus estribaciones laterales se extienden anchos valles fertilizados por las numerosas corrientes que se desprenden de las cumbres y rodeados de una atmósfera que en la parte oriental es purificada por los vientos alisios del E., que después de recorrer el Pacífico encuentran las costas filipinas, y en la occidental por las monzones ó vientos periódicos del S. O. que tienen su origen en los extensos mares australes y llevan á las islas las abundantes lluvias que desde Junio á Octubre reinan en las regiones de Poniente. De esta manera la temperatura se modifica hasta el punto de que sus rigores solamente son sensibles durante dos meses, no obser-



vándose tampoco esos cambios termométricos bruscos y extremados que tan frecuentes son en otros países.

La benignidad del clima y las condiciones físicas del suelo hacen de Filipinas una de las regiones más salubres de la Ocea-
nia, y en ella no se padecen esas terribles endemias que son el azote de otros pueblos tropicales. La disenteria es hoy poco frecuente y su desarrollo puede evitarse á beneficio de una buena alimentacion y de la fiel observancia de los preceptos de la higiene; esta enfermedad, siempre grave, no ha revestido nunca en el Archipiélago los caracteres alarmantes que tan temible la hacen en algunas colonias, y su intensidad ha disminuido notablemente desde que han variado en los últimos años las condiciones de la alimentacion; por otra parte, los emigrantes españoles, procedentes en su mayoría de las provincias meridionales de la Península, son más sóbrios que los de las regiones del Norte de Europa, y esta es una circunstancia en extremo favorable para impedir la invasion de una enfermedad que en último término produce tambien numerosas pérdidas en las posesiones argelinas. Las fiebres intermitentes, endémicas en algunas provincias filipinas, no son allí más temibles que en los países europeos, pues con no ser muy frecuentes, ceden generalmente á los preceptos de la ciencia médica y á la traslacion á lugares más sanos. Las estadísticas necrológicas de las islas, presentan, en verdad, páginas luctuosas que entristecen el ánimo y parecen contradecir nuestro aserto; pero si la colonizacion de Balabac, la de Basilan y últimamente la de Joló, produjeron tantas sensibles pérdidas, culpa es de las malas condiciones en que se hicieron los trabajos y del completo olvido en que se tuvieron los más elementales principios científicos. El día en que una acertada direccion dió á los terrenos descubiertos suficiente extension y adoptó otras felices disposiciones, disminuyeron sensiblemente las víctimas del paludismo. Esto lo saben bien cuantos médicos han permanecido en aquel país, como saben y aseguran que solo en un pueblo de tanta salubridad existirian los terribles focos de infeccion que rodean á la capital del Archipiélago, sin que su presencia desarrollase las más terribles epidemias. Si en cualquiera de nuestras poblaciones hubiese diez ó doce mil chinos albergados en repugnantes

habitaciones en donde son notables el desaseo y la falta absoluta de cuidados higiénicos que caracteriza á estos hijos del Asia; si existiese un barrio populoso de casas hacinadas, con escasa ventilacion, donde los productos y restos de los alimentos se arrojasen á montones á la via pública, y allí permaneciesen hasta su completa descomposicion; si por último, los arrabales chinos de Manila se trasladaran á otro país menos salubre, las consecuencias serian funestísimas, y aquellos focos que bajo un clima tropical, pero extremadamente sano, no provocan ninguna alteracion en la salud pública, se convertirian en fecundos manantiales de las más graves afecciones.

Las condiciones del clima no pueden ser más favorables que lo son en aquellas islas, donde el europeo no tiene que sufrir las consecuencias de una larga aclimatacion, porque desde el momento en que se arriba á su fértil suelo se aprecian las ventajas de un país donde el organismo no sufre esa notable excitacion consiguiente al cambio de latitud, pudiendo el emigrante entregarse desde luego á sus hábitos y costumbres, siempre que no estén en oposicion con los preceptos higiénicos; la naturaleza no altera en aquel clima la normalidad de sus funciones en los primeros años, y tan solo una abundante y saludable traspiracion indica la mayor actividad de algunos órganos glandulares. Cuando la estancia se prolonga, se hace sensible la influencia debilitante del clima, y entonces el organismo presenta sintomas indudables que caracterizan un estado anémico, que no traspasa de ordinario los límites que separan al hombre sano del enfermo. Los primeros años son, pues, los que mejor se soportan en el Archipiélago, y solo una estancia prolongada puede determinar el desarrollo de un proceso patológico que reclame la vuelta á la Península. Terminando esta sumaria indicacion, diremos que los cuidados de la higiene y un género de vida ordenado, son bastante á mantener la salud en un estado satisfactorio; que los trabajos agrícolas hechos en las condiciones convenientes, no son en modo alguno perjudiciales; y por último, que recientes observaciones permiten asegurar que los colonos españoles pueden establecerse en aquellas provincias, mucho más salubres que las vecinas de Argelia.

Desechadas hoy por todos los Gobiernos las colonias penitenciarias, cuyos malos resultados son tan evidentes, no puede pensarse en llevarlas á Filipinas, como ha propuesto algun autor, porque en aquel país más que en otros, seria funesta la instalacion de esos focos de inmoralidad, que aportarían á los sencillos é impresionables habitantes de las islas cuantioso caudal de vicios y hábitos poco conformes con el objeto que perseguimos.

Las colonias militares, que en otros países reportan provecho y utilidad, no son posibles en una provincia que afortunadamente no necesita mantener sino un reducido número de soldados peninsulares, y donde por lo tanto, habria que crear un ejército que las circunstancias no reclaman, y cuya organizacion seria siempre gravosa al Estado.

Los diversos sistemas de colonizacion civil, hasta hoy ensayados, han mostrado ventajas é inconvenientes no siempre bien apreciados, pero que deben tenerse en cuenta al tratarse del Archipiélago Filipino, que por las circunstancias ya enumeradas carece en la actualidad de los elementos que ofrece un país rico y en que las fuentes de la prosperidad se hallan en continuo desarrollo; por esto hoy debe adoptarse el sistema de colonizacion protegida por el Gobierno, (*assisted*) sin perjuicio de establecer más adelante el sistema de colonizacion libre, (*unnassisted*) que es el de resultados más rápidos y seguros, como lo demuestran los Estados-Unidos y la Australia, que á su poderoso influjo han visto multiplicarse las poblaciones y la riqueza pública, con asombrosa fecundidad.

El día en que la emigracion española sea muy numerosa y los capitales afluyan á aquellas regiones, podrá establecerse la venta de los terrenos y las instalaciones agrícolas por grandes propiedades; entretanto, imitando lo hecho por otras naciones, podria crearse en la Península una Comision de Emigracion, encargada de dirigir el movimiento hácia nuestras posesiones oceánicas, haciendo ver al trabajador las ventajas de su nuevo destino; de fomentar las relaciones comerciales con el Archipiélago, y facilitar por medio de útiles combinaciones el pasaje del colono y su familia y la provision de útiles de trabajo. El Gobierno, que seguiria así el ejemplo de nuestra

Reina Católica, cuando daba pasaje gratuito y toda clase de recursos á los primeros colonos que arribaron á La Española, ofrecería una prueba más de su acendrado patriotismo, adelantando fondos que luego recobraría fácilmente; declarando la libre importacion de aparatos y máquinas agrícolas; eximiendo á los colonos de todo género de impuestos en los primeros años, y concediéndoles terrenos apropiados al cultivo.

No se nos ocultan las dificultades de la empresa, pero es tal su importancia, que esperamos que el esfuerzo de todos sabrá vencerlas con ánimo decidido y firme voluntad, pues los capitalistas y comerciantes españoles, empleando una parte de sus fortunas en la explotacion de aquellos ricos veneros, alcanzarian resultados ventajosísimos para sus propios intereses y para los de la patria.

La resolucion adoptada últimamente por el Sr. Ministro de Ultramar, declarando libre el cultivo del tabaco en Filipinas, favorece mucho estos proyectos, pues que el solo aprovechamiento de aquella planta, será un manantial inagotable de riqueza; esta importante medida que cubre de gloria el nombre del Sr. Leon y Castillo, proporciona á nuestras provincias oceánicas un elemento de prosperidad, cuyos hermosos frutos podrán recoger en breve plazo los que consagren sus fuerzas á esta empresa.

Para la realizacion de nuestros propósitos, es tambien indispensable el poderoso apoyo de la prensa, que por medio de sus órganos diarios puede llevar á los pueblos el conocimiento de aquellas ricas comarcas descubiertas por Magallanes, que como dijo Mallet, son las menos conocidas de todas las colonias europeas y las más dignas de serlo. Llevemos á ellas nuestros gérmenes de actividad, y encontraremos un porvenir seguro bajo un clima benigno y entre un pueblo amante de los españoles, del que no los separan esos terribles odios de raza, cuyos resultados son siempre tan funestos; allí tendremos bienestar, amor, riqueza, y sobre todo, la sin igual satisfaccion de contribuir al desarrollo de ese rico floron de la corona española, que admiran hoy todas las naciones. Cambien el rumbo nuestros hermanos, y dirigiéndose al Oriente, encontrarán en lugar de los espartales de la Argelia, abundantes frutos que le ofrecen las primicias de una

rica explotación, que no existe para ellos en las extensas mesetas del Tell.

Concluimos estas líneas inspiradas en los más patrióticos sentimientos, haciendo votos porque nuestras humildes excitaciones encuentren un eco entre los distinguidos patricios que hoy rigen los destinos del país, y apoyo en la pública opinión, que contribuya á llevar á la práctica un proyecto de tanta trascendencia para nuestra querida tierra española.

